

lio, la ostra sin valvas, el caracol sin concha, el judío errante del inmueble—. Dios mío, causa desconocida que riges y gobiernas los orbes, ¡haz que concluya mi insoportable trajinar! Este infeliz astrónomo no te pide oro, ni glorias, ni marido para su cuñada, ni esterilidad para su mujer. Sólo te pide un rincón, un rinconcito, del que no le hagan salir nunca. ¡Un rinconcito sin casero, sin alguaciles y sin campanillas!

Era su oración de todas las noches.

## VIII

En noche de enero ocurrió el solemne acontecimiento.

Tratábase de la aparición de una estrella, señalada cincuenta años atrás por un astrónomo del Observatorio de Greenwich, la cual estrella se mostraría, según cálculos de su descubridor, el 21 de enero a las 10 horas, 4 segundos y 5 tercios de la noche.

Del señalamiento de la estrella al arribo de su luz a los hombres habían de transcurrir cincuenta años, y eso que la luz anda la friolera de 77.000 leguas por segundo. Convengamos en que era un viaje regular.

Anatolio pasó el día muy desasosegado por culpa de unas malditas nubes que ocultaban, de tiempo, en tiempo los azules celestes. Si aquellas nubes se condensaban al venir el crepúsculo y cubrían totalmente el espacio, iba a serle imposible presenciar el alumbramiento astronómico.

¡Qué mayor desdicha para él, para todos cuantos debían asistir, por invitación de la Ciencia, a aquel parto del infinito!



Anatolio, que no había dormido en el transcurso de la noche anterior, no comió ni almorzó en el famoso día 21. Al obscurecer estaba ya en el Observatorio revisando sus álgebras, limpiando las lentes del anteojo, enfocándolo con el punto matemático donde había de aparecer la estrella.

Por fortuna, las nubes se fueron corriendo hacia los límites del horizonte. A las nueve habían desaparecido. El cielo, tachonado de estrellas, se extendía apacible, purísimo, ante los ojos del astrónomo.

La hora solemne estaba a punto de sonar. Sobre la lente del anteojo se dibujaba un círculo oscuro donde astro ninguno aparecía. En el centro mismo de aquel círculo había de mostrarse la estrella.

— ¡Las diez! — gritó un astrónomo.

Uno, dos, tres, cuatro segundos. Un tercero, otro, otro..., los cinco.

La estrella apareció. El sabio de Greenwich no había errado en una milésima de tercero.

Cuando sus colegas abandonaron el Observatorio, Anatolio no quiso acompañarles. Permaneció abstraído delante del anteojo, devorando con la pupila a la nueva criatura celeste.

Era noche de las frías de invierno; deshecho en partículas microscópicas andaba el hielo por la atmósfera y, entrando por los ventanales de la torrecilla observadora, regalábala una temperatura de 4 bajo 0.

Anatolio no se enteró. Contemplaba al astro novel, seguía, uno a uno, los temblores rápidos de su luz, la coloración de sus rayos, el suave resplandor que en torno suyo se esparcía, los primeros gritos luminosos de aquel infante sideral.

Y transcurrieron horas. Únicamente cuando las blancuras del amanecer se dibujaron hacia el Este, cuando la luz de la estrella se desvaneció, sorbida por el primer aliento solar, se retiró el sabio de su anteojo.

Un escalofrío recorrió entonces su cuerpecillo, mal arropado en un gabán de *El Águila*.

— ¡Hace frío! — exclamó. Y abandonó el Observatorio dando diente con diente.

Al llegar a su domicilio tuvo que meterse en la cama, temblando, con una calentura de 39 grados y 6 décimas.

Los dulces del bautizo del astro fueron para Anatolio una pulmonía.

No salió de ella. Tenían muy poco aguante sus pulmones para tan serio embite, y Anatolio se acabó de prisa, muy de prisa.

Poco antes de morir una gran tristeza se dibujó en sus ojos, llenos de bondad. Rodeaban su cama la esposa y ocho criaturas. ¿Qué sería de aquel nidal cuando muriera el padre? Dos lágrimas anchas rodaron por las pupilas del astrónomo, y dió principio su agonía.



Durante ella, no quedó viva en aquel cerebro más que una idea, la de que con la muerte llegaba para él un descanso definitivo. Con la de su casa al sepulcro hacía la mudanza postrera. ¡No más mudanzas!...

Expiró sonriendo.

La pobre Carmen, agotando todos los recursos posibles, dispuso para su marido un entierro decente y le alquiló nicho en una Patriarcal.

El día del entierro, sí. El día del entierro fueron detrás del pobre Anatolio todas las corporaciones científicas y no científicas, el señor ministro del ramo y un sin fin de personas que, al reclamo de los periódicos, se creyeron obligadas a acompañar, de muerto, a quien ni conocieron ni entendieron ni ayudaron de vivo.

El ministro pronunció un discurso encomiástico, y el ataúd del sabio entró en las negruras del nicho.

## IX

Muerto el padre, el nido humilde sustentado por él, se fué deshaciendo poco a poco. Resbalando de rama en rama, llegó a esos espacios donde la miseria negra devora las cosas y los seres.

¿Qué fué de ellos? ¡Quién sabe! Es muy hondo el abismo donde rematan esas caídas; flota sobre él un cortinaje sombrío, hecho con lágrimas, con gritos de hambre, con acentos de amargura y desesperación.

Es muy difícil penetrar en las regiones donde pronuncia el abandono su última desgarradora frase.

En estas regiones se fueron hundiendo poco a poco Carmen y sus hijos.

No pensemos en ellos más.

¿Quién pudiera seguir su viaje por el mundo?

No es fácil seguir el viaje de las hojas marchitas que el huracán va empujando, empujando siempre, sobre la tierra enfangada por los chaparrones de otoño.

Allá van hasta que un pie las pulveriza o un boquete las traga.



¡Pobres hojas! ¡Bien hacen quejándose agriamente cuando ruedan y ruedan, dibujando trágicos remolinos, al ras de la tierra fangosa!...

.....

.....

## X

Después de su muerte, comenzó para Anatolio la verdadera dicha.

La tarde del entierro escuchó desde su ataúd la oración fúnebre del ministro y tuvo, para reír, un rato: el que tardaron en acomodarle dentro de su nicho y tapiar éste con ladrillos y yeso.

¡El buen ministro, aquel señor que en su vida las vió más gordas, hablando de ciencia astronómica y de los trabajos y libros de Anatolio, que iba citando uno por uno! ¡Trabajillo debió costarle aprenderse de memoria la lista de los libros al excelentísimo e ignorantísimo señor! ¡Un sujeto que sólo sabía dividir a sus administrados, hablando de matemáticas sublimes y de constelaciones!... Era para estallar.

Eso hizo Anatolio, estallar, parte por obra de la risa, parte por expansión de los gases amontonados en su cuerpo.

Luego, ante el ruido del cortejo alejándose, una risa irónica contrajo los labios descoloridos del cadáver. Toda aquella gente, que había gastado seis pesetas en coche para acompañar al astrónomo-



mo muerto, no se las hubieran dado para comer al astrónomo vivo.

En fin, ya no era ocasión de ocuparse en tales asuntos; pertenecían ellos a la vida mortal de Anatolio. Ahora había que ocuparse de otra vida, de la que se vive durante el día en los interiores del ataúd o de la tumba y durante la noche en las calles del cementerio.

Del ataúd no tenía queja el difunto. Era lo bastante ancho y lo bastante largo para que el cuerpo pudiera revolverse y pudrirse con perfecta comodidad.

Además, las tablas mal unidas y los ladrillos mal trabados, dejaban ver por rendijas y grietas la ciudad de los muertos. El nicho ocupaba el último tramo de la fúnebre estantería. Un goterón, formado entre las tejas, oficiaba de ventana abierta en dirección del cielo.

Este goterón era, en las épocas de lluvia, grave inconveniente. El agua entraba a chorros en nicho y ataúd, y el cadáver de Anatolio se ponía como una sopa. En cambio, en las horas de sol, rayos áureos bañaban el domicilio y el cielo servía de espectáculo a las pupilas del astrónomo.

De crepúsculo a crepúsculo los cadáveres permanecían en sus habitaciones. Ni uno solo asomaba a los miradores de nichos, sarcófagos y fosas. A tales horas realizan sus visitas los vivos; habían

quedado muy hartos de los vivos los muertos para volver a verlos.

El trajín de los muertos comenzaba con el arribo de la noche. En las de luna era dulcemente poética la visión de la ciudad fúnebre.

Los cipreses, plateándose por los extremos de las ramas, relucían como joyeles; airones eran cuando los sacudía el aire. Los rayos suaves de la luna quitaban dureza a mármoles y bronces, difuminando sus contornos. Los fuegos fatuos, flotando aquí y allá, parecían estrellas caídas a la tierra desde las alturas del cielo. En las noches oscuras, ellos alumbraban el paisaje.

En las noches de tempestad, los cipreses abrían sus ramas, que golpeaban el espacio, revolviéndose unas contra otras, encrespándose, destrenzándose en la negrura como cabelleras fantásticas; las hierbas tenían vaivenes y rumor de oleaje; el viento rugía por entre mármoles y bronces; las junturas de las piedras exhalaban quejidos; los fuegos fatuos brillaban en la obscuridad como pupilas asesinas de fieras.

Por aquellos paisajes, unas veces suaves y melancólicos, otras amenazadores y trágicos, andaban los muertos paseando sus cuerpos a medio corromper o sus amarillas osamentas.

La noche primera de su estancia en el campo-santo, Anatolio recibió visitas de cumplido, hechas por los vecinos y las vecinas de su calle.



Ellos le pusieron al tanto de la existencia que en aquel mundo se llevaba, y luego de ofrecerle sus habitaciones respectivas, se retiraron cortésmente.

Anatolio recorrió la ciudad, y se hizo cargo de los inquilinos.

Poco más o menos, procedían las criaturas muertas como las criaturas vivas. Había entre ellas diferencias de clase: los cadáveres de mausoleo no se trataban con los de tumba y nicho; los de tumba y nicho no querían nada con los de la fosa común; formaban grupos aparte, según su posición mortuoria; y se despreciaban y se odiaban unos grupos a otros, ni más ni menos que en la tierra.

Había, entre aquella carroña, envidias, rencores, vanidades, disensiones, luchas hueso a hueso. Hasta vió a dos cadáveres masculinos reñir combate singular por un esqueleto de mujer.

«Francamente—se dijo Anatolio—, estos señores no merecen la pena de trabar con ellos amistades. Afortunadamente, en nuestro mundo hay libertad y no le obligan a uno a tratarse con quien no quiere. Buscaré un lugar solitario donde nadie me estorbe y a nadie estorbe yo, y en paz con todos y allá cada cual con su genio.»

El lugar fué un rinconcillo apartado del cementerio, junto a las ruinas de un mausoleo construído en forma de torre. Estas ruinas se alzaban entre unos cipreses enanos y sobresalían por ellos. Las

grietas y salientes formaban como una escalera que permitía llegar sin grandes trabajos a la cúspide de la fábrica.

«¡Calla!—dijo Anatolio—, este mausoleo es un observatorio excelente.»

Y volvió a su nicho y se acostó en el ataúd frótándose las manos.

UNIVERSIDAD NACIONAL  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año: 1825 MONTURREY, NICUÉS



## XI

Vida feliz la de Anatolio en aquel nicho, que la buena de su mujer le había alquilado por diez años.

Mientras el difunto se entregaba a éxtasis deliciosos, su cuerpo iba descomponiéndose lentamente, sin que su descomposición perturbara el recogimiento. Hasta los gusanos comían silenciosos, sin molestar.

Por fin, el hombre caracol, la criatura ostra, había encontrado lugar en consonancia con sus aficiones y aptitudes.

Ajustado el ataúd entre las paredes del nicho, ajustado el cuerpo entre los tablones del ataúd, ni a vaivenes ni a golpetazos tenía que temer.

Allí moraba libre de todo ruido y de toda oportunidad. Allí no había chiquillos gritones, ni mujer cantarina, ni cuñada histérica, ni suegra asmática. Allí no venían carboneros, zapateros y tenderos de comestibles. Cuando venían lo realizaban en clase de cadáveres, sin recibos ni facturas entre las manos. Allí no había campanillas; allí no se alzaban las sombras crueles de los caballos y carros de mudanza; los espectros bestiales de los

mozos cargadores y descargadores de D. Federico del Rieu.

De sol a sol nadie interrumpía las meditaciones de Anatolio.

Al principio, durante los meses primeros siguientes a su defunción, oía sollozar al pie de su lápida. Miraba por las rendijas de nicho y ataúd y contemplaba a su mujer y a sus chicos mayores trajeados de luto.

La mujer, puesta de rodillas, lloraba y rezaba; los niños corrían por entre las tumbas persiguiendo las mariposas.

Esto fué los primeros meses. Luego nada, ni mujer sollozando al pie de la lápida, ni chiquillos persiguiendo mariposas entre las tumbas.

Cuando moría el sol, cuando las últimas luces del crepúsculo se desdibujaban hasta desvanecerse en las tapias del cementerio, cuando el imperio de la noche despotizaba la fúnebre ciudad, Anatolio salía de su nicho y se dirigía por las menos frecuentadas calles hacia el *observatorio*.

Abría el cortinaje verde que formaban los cipreses enanos y se detenía ante la ruina adornada con hiedra. Puestos los descarnados pies en grietas y salientes y ayudándose con los brazos, ascendía a la vieja torre y tomaba asiento en sus cuarteadas almenas, cruzando una choquezuela con otra.

Ya en el *observatorio* enderezaba las cuencas



vacías de sus ojos al espacio infinito, e iba recorriendo las constelaciones, los ejércitos astronómicos agrupados como en torno de un jefe, en torno del astro principal.

Orgullo sentía el difunto al ver, con el mirar superhumano de la muerte, que no se había equivocado cuando, de vivo, reconstruía con su imaginación el ser de los astros.

Sus ensueños eran realidad. Todos aquellos mundos, criaturas vivientes; vasos de múltiples y de variados existires. Los grupos minerales y las familias animales y vegetales triunfaban en ellos como en nuestro planeta. Sólo que eran superiores, en todos los rasgos y caracteres de forma y de substancia, a los del mundo terrenal.

No habían sido creados los astros por Dios para que el hombre, contemplándolos, se diera cuenta de la omnipotencia divina. Habían sido hechos para realizar labor fecunda y progresiva en beneficio del gran todo, en provecho de los fines universales que Anatolio, ni después de muerto, podía ni sabía alcanzar.

Pero si no alcanzaba a tanto, alcanzaba al vivir de esos mundos y veía, con los mirares de su espíritu, cómo todos, al presente aislados, desconocidos unos de otros, iban evolucionando, progresando, aproximando la hora en que llegarían a comunicarse, a entenderse, a ser como ciudades del espa-

cio infinito. Los habitantes de aquellas ciudades, los similares del hombre en tales mundos, podrían, andando los tiempos, ir de astro en astro, como van hoy de ciudad en ciudad los habitantes de la tierra.

Al presente, cada astro necesitaba hacerse dueño de sí mismo, poseerse absoluta y completamente. De ahí su aislamiento. Las criaturas superiores, nacidas en cada uno de ellos, habían de realizar esta labor antes de emprender otra.

Cuando fuera pleno el dominio, cuando en cada planeta nada quedara por dominar y por descubrir, las criaturas superiores sentirían el ansia de conocer los otros mundos y hallarían modo de llegar a ellos, de relacionarse con ellos.

Entonces... Entonces ya no sería el Universo más que una gran familia de criaturas luminosas que se saludarían, fraternalmente, de un confín a otro del espacio.



## XII

Así transcurrieron diez años. Anatolio era un purísimo esqueleto; pero era cada minuto más feliz. Y, como ocurre cuando pasan los malos tiempos, uno de sus goces mayores estaba en recordarlos.

Podía hacerlo sin temor. Al país de la muerte no llegan las molestias y contrariedades del mundo de los vivos. Aquel vocear de los hijos que le arrancaba de sus meditaciones; aquel refunfuño perpetuo de la cuñada, necesitada de varón; aquel contar sus apuros de Carmen; aquel meterle su tos por las orejas de la suegra achacosa, eran asunto terminado.

Tan acabado como los ahogos de entrada de mes, y los insultos del zapatero, y las amenazas del tendero de comestibles, y las facturas de la carne y del pan y las citaciones de desahucio.

¡El desahucio!... Aun se le crispaban los huesos al evocar la terrible palabra.

Aun se veía por calles y plazas buscando habitación, subiendo escaleras, firmando contratos, siguiendo de un lado a otro el carro de mudanza

entre el gruñir de los mozos y el polvoriento zarrandeo de trapos y cacharros y muebles.

¡Qué horror!... Por fortuna, aquello había concluído para siempre jamás. ¡Para siempre!...

Anatolio, al repetir la frase «Para siempre jamás», se estiraba voluptuosamente dentro de su ataúd.

.....  
Era al concluir de la tarde. El esqueleto de Anatolio dormía. Los rayos del sol, penetrando por los rotos de su ataúd, habían calentado sus huesos, y una laxitud, una pereza deleitosa se había apoderado de toda la osamenta.

Un rumor de voces que sonaban al pie del nicho despertó al astrónomo; incorporóse lentamente y puso las órbitas en una grieta de la lápida, para ver quién turbaba su sueño.

Eran el conserje del cementerio y un canónigo, administrador de la Sacramental.

— Nada, nada—oyó Anatolio que decía el canónigo—. No valen disculpas. Hace nueve días que cumplió y el nicho nos está haciendo falta. El alquiler era por diez años.

— Es...

— No admito explicaciones. Si no hiciese falta podía dejársele unos meses; pero haciendo falta no hay prórroga. Aquí está el resguardo, «29 de ene... etc.» Estamos a 8 de febrero. De modo que se le han concedido diez días de atención. Si no



vienen a pagar no es nuestra la culpa. Ya lo sabe usted. A este D. Anatolio Fernández y Rodríguez, mañana mismo, en cuanto amanezca, le pone usted los huesos en el pudridero.

Los dialogantes se alejaron.

Fué espanto, ira, desesperación, todo junto, lo que sintió el esqueleto de Anatolio.

Sus puños crispados golpearon violentamente la lápida, que saltó en cien pedazos rota; su calavera asomó por el hueco. Un gesto de trágica ironía contrajo el maxilar, rechinaron los dientes, la boca se abrió y, Anatolio, extendiendo las manos, clavando en el infinito las cuencas vacías de sus ojos, gritó con espantoso acento :

— Pero, ¿también aquí?...

EL HAMPÓN